



Cenizas

Víctor Bernal García*

Deberíamos volver a empezar. Le comentó Santos a Cásares, estuvieron platicando aproximadamente media hora. Tan solo se escuchaban gritos desde el otro lado del cristal y cuando por fin se lograron separar, se opacó lo cometido por Miguel en la hora de la clase de Cásares, por la furia con la que salía Santos desde la oficina dónde discutieron a extensos minutos, minutos mismos que Miguel decidió emplear en especulaciones de lo que le podría suceder al tener que enfrentarse a sus directivos por haber quemado la tarea de uno de sus compañeros –aunque no fue su culpa, de hecho, él era un pirómano incompetente–. De todas maneras, al salir el director Cásares de la oficina, junto a su rabia se alcanzó a escuchar la frase “Con mayor conveniencia, deberías ir a dar clase”. Miguel no había entendido lo que ocurrió, pero, cuando decidió a entrar a la oficina y encontrarse con Cásares, saco un encendedor rojo de uno de sus bolsillos y se lo entregó a Cásares.

Cásares era su profesor de “Filosofía y letras”, era un sujeto grande, gordo y simpático, de frondosa barba y voz maquilada en agrado y dulzura. Cásares, al percatarse –en medio de su cara de enojo– que Miguel le ofrecía un encendedor como muestra de paz, se comenzó a rascar la barba y a basilar con sus cachetes. Entonces aceptó el encendedor, lo tomó con su brazo izquierdo y mientras Miguel lo observaba con una mirada juzgadora, él rebajó los ojos para comentarle a Miguel que ya se comenzaba a cansar de guardar mechas en su portafolios. Miguel le contestó que el cansancio solo logra hacer arder a los descarados que disfrutaban del clima frío. Finalmente, Cásares le mencionó que vivían en el lugar más caluroso que pudiera haber y que deberían irse a clase, ambos.

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Tecnológico de Monterrey.**

Entonces, ambos salieron de la oficina de Santos y comenzaron a cruzar los pasillos para volver al salón 202 en el edificio E de la escuela. Mientras caminaban uno de lado al otro, Cásares le comenzó a platicar a Miguel de lo que ocurrió en su discusión con Santos.

Le platicó que Santos lo recriminó de engañar a sus alumnos, además de que lo amenazó de un serio rebaje en el salario, por manipular a sus alumnos con la intención de que sus proyectos personales sobresalieran y fueran un “éxito”. Entonces, para cuando Miguel le cuestionó el engaño que supuestamente le hacía a sus alumnos, Cásares le respondió que ocasionalmente repartía consejos propios de estrategias psico-mercantiles a distintos compañeros de Miguel, pero que por no especificar los detalles en los orígenes y los efectos de tales estrategias; lo que en realidad hacía era volverlo vital para los demás. Pues si sus compañeros desearan más consejos, necesitarían de él. Cásares anunció que eran una locura las blasfemias que Santos le estaba recriminando; sin embargo, también le dijo que era patético luchar contra el ‘big boss’, así que lo dejaría por el aire.

En ese momento exacto, ambos llegaron al salón en el que partirían caminos, pues Cásares debería continuar sus clases y Miguel se iría hacia algún otro lado. Así que Cásares se adentró en su aula de clases y con ya varios metros de separación, Miguel le gritó un último comentario: “En el profesionalismo de la vida, la inteligencia siempre sobrevivirá más que la policía”.

Un par de horas después, Santos comenzó a vagar por la escuela con la intención de resonar sus incisivos dentales, los de arriba contra los de abajo, mientras analizaba los últimos minutos de la clase de las 16:00 hrs. —en la que irónicamente se hallaba Cásares—, y posterior a su análisis vespertino, se entrometió un olor inusual en sus fosas nasales. Era un olor rasposo y fácil de reconocer; pues algo se quemaba a su alrededor. Sin pensarlo dos veces se dirigió a la alarma contra incendios, la accionó y comenzó a buscar el origen del olor.

Casualmente mientras rebuscaba el origen del olor, se halló junto a Cásares en el aula 105. Los dos se observaron finamente y con un único pensamiento. Solo fue necesaria una palabra: Miguel.

Con varios eventos transcurridos al paso de las horas, ahora se hallaban tres personas en la oficina de Santos,

Y finalmente, antes de la implosión que se vivió en esa oficina, el director Santos le anunció a Miguel que lo expulsaría esta vez.

eran "Santos, Cásares y Miguel". Cásares situado en una esquina de la oficina, junto a una ventana abierta y con su clásica sudadera institucional puesta. Santos dando pasos en redondez frente a su escritorio con una mirada fija al último individuo que se hallaba sentado en una silla fija del otro lado del escritorio. El tercer individuo era Miguel, que se veía sin arrepentimiento alguno, pero con la cabeza agachada y risueña, con las piernas cruzadas "una sobre otra" y con una mano sobre su pecho –abrazándose a sí mismo– y la otra al aire libre dejándose caer. Entonces, el primero de los tres en realizar un comentario para romper el silencio incomodo que había en la oficina; fue Santos. Él dijo que no le cabía duda, los límites no eran algo fácil de encontrar en su alumno excepcional "Miguel".

Miguel intentó realizar un comentario en ese momento y decirle a Santos que de hecho "sí conocía lo que eran los límites", pero fue interrumpido por Cásares que preguntó como comentario adicional que "¿por qué incinerar un árbol de 20 años de antigüedad no cabía dentro de esos límites?" A lo que cuando Miguel trató de responder, nuevamente fue interrumpido por Santos, que le dijo que no comprendía por qué es que no lo había echado de la institución aún. A lo que –al fin, consiguiendo responder– Miguel dijo que se debía a que pagaba todo lo que carbonizaba y/o calcinaba.

Y finalmente, antes de la implosión que se vivió en esa oficina, el director Santos le anunció a Miguel que lo expulsaría esta vez, que el árbol sí era el límite para él y que "por respeto" ya no lo soportaría más. Esas últimas palabras de Santos hicieron brincar a Miguel de una manera eufénica que libero en él, la suficiente gallardía como para dejar de lado el respeto y cuestionarle a Santos, lo que previamente le había recriminado a Cásares.

Cásares, atento de lo que ocurría en la oficina, le recomendó a Miguel, que no guardara silencio. Miguel, sintiéndose apoyado; le preguntó a Santos, con las exactas palabras:

– ¿A qué se debe que pienses que Cásares es una ironía?

Santos le respondió que no comprendía el punto de la pregunta y le pidió a Miguel que "especificara a lo que se refería". A lo que Miguel decidió contestar que él había hecho llamar a Cásares como "el profesor que no quería enseñar"; una de las ironías más grandes que había escuchado en la vida. Entonces Santos le pidió de favor a

Cásares que se apartara de la oficina, un minuto. Por lo que Miguel difirió y a Santos no le quedó más remedio que expulsar a Cásares de la oficina. Miguel por más que intentó interferir, su único remedio fue apartarse y escuchar lo que Santos tenía para contar.

Comenzó el discurso más prolongado que Miguel pudo tratar de olvidar en su vida. De hecho, los pensamientos que cruzaban por su cabeza al tiempo que su exdirector hablaba eran tan variados y tan profundos, que iban desde la clásica y maniática táctica para incinerar la oficina de Santos; hasta la inefabilidad que podría haber sufrido el alce al que degollaron para que su cabeza terminara en esa oficina. –Miguel es un pasional de los animales– y más específicamente, se hallaba especulando “cómo habrá sido la travesía para cazar al pobre animal, o se imaginaba como es que lo habría vivido Santos, si es que él hubiera ido a la caza del animal. Pero en ese momento, Santos le cuestionó si le prestaba atención y Miguel le respondió que no era así. Para que entonces, Santos por medio de una rabieta, le dijera varias frases que mencionó previamente a lo largo de su discurso. Y las frases eran:

–Le pregunte a Cásares si disfrutaba el dar clases.

–Le cuestioné también si es que creía que tenía algún alumno excepcional. Y no te mencionó ni a ti.

En ese momento, Miguel interrumpió a Santos para preguntarle si es que no le parecía excepcional un árbol quemado; y comentarle que podrían ser dos, si así lo deseaba. Pero volviendo a las frases:

–Cásares mencionó que no merecían saber todo lo que él sabía.

–Cásares confesó que ustedes eran la fachada perfecta, para ocuparse de sus proyectos y dejarlos a ustedes sin las prácticas profesionales.

–Cásares sabe mucho, le costó el saber todo lo que sabe, y cuando le cuestioné si lo pensaba compartir...

–Tú me disculparás Miguel, pero me parece que deberías verificar “quién es una fuente confiable y quién no”. Ahora lárgate. Porque tal y como Cásares es “el maestro que no quiere enseñar, tú eres el maniaco que no quiere aprender”.

Al final y con un montón de dudas encima, Miguel salió de la oficina de Santos. No fue expulsado ni tampoco le cayeron represalias, debido a su común apoyo económico (semiobligatorio) de todas las semanas.

Desde aquel momento en que Miguel concluyó su conversación con Santos, se apartó poco a poco de Cásares, para comenzar a escuchar las opiniones ajenas que rondaban por los pasillos. Se sorprendió del poco o casi nulo impacto que causaban sus incineraciones y sus acciones; pero mayormente se sorprendió de las acusaciones hacia el profesor Cásares, en aquel momento se decidió por analizar la introspectiva de la relación que tenía con el profesor Cásares, pues no entendía lo que sentía por él. Si es que le importaba o si es que hubiera alguna razón para anclar sus acciones y su sinceridad con él. Pasó el suficiente tiempo y Miguel continuó molestando únicamente a Santos para ocupar el tiempo, de hecho, finalizó el semestre y en el último día de clases, se decidió por reencontrarse con Cásares.

Desconcertado por lo que sería la conclusión de su estadía estudiantil, halló al profesor Cásares casi yéndose en su automóvil para disfrutar de las vacaciones de verano. Entonces, al acercarse y cuestionarle a Cásares por las distintas menciones que él había estado escuchando al paso de las semanas, se aterró por el gesto que, en el rostro de Cásares, yacía. Era algo... casi indescriptible, la conjunción perfecta entre el vacío de la deriva en el espacio; con la brillantez y mentira sobre la que se postra una cúpula –la de Brunelleschi– única y reflejante. Ese rostro que le mostró Cásares en aquel momento hizo a Miguel voltearse a ver en el reflejo del ventanal del coche; para percatarse de una vez por todas, que él era “el amigo imaginario” de Cásares. Y nada más, solo un pequeño ente en su cabeza.